



2.2347

Estab. de Mellado.

MADRID.  
CALLE DE SANTA TERESA, NUM. 8.  
Y DEL PRINCIPE, NUM. 25.

Año 1.º—Núm. 13.

UN MES.

Madrid. . . . . 4  
Provincia. . . . . 5

UN AÑO

Madrid. . . . . 40  
Provincia. . . . . 50

# EL OMNIBUS,

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

## SUMARIO.

Al presente número acompañan: dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.— Uno ídem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott. En el número próximo la continuación de todas estas obras.

## NAPOLEON Y EL ZAPATERO.

### ANECDOTA.

La juventud de un grande hombre ha llamado siempre la atención del universo; y así es que experimentamos cierto placer en leer ó oír contar las penalidades, los trabajos, los sinsabores, que un hombre de talento ha tenido que arrostrar antes de conseguir la gloria y los honores. Así es, que estimamos mas á esos hombres ilustres que envanece á una nación, cuando sabemos que han tenido que luchar de continuo con el hambre, la miseria y las preocupaciones de su siglo. Ved al inmortal Colón reputado por loco y despreciado como tal, luchando con las preocupaciones mas arraigadas. A Rean-marchais componiendo relojes, antes de ser rico y digno preceptor de las hijas de Luis XIV, antes de ver sus obras *El matrimonio de Figaro*, *El Barbero de Sevilla*, apreciadas cual mercadería. A J. J. Rousseau copiando música para tener que comer, en una boardilla. El pensar esto, es bien triste; pero es cierto.

Bonaparte, que no había sido siempre el hijo mimado de la fortuna, como sus apologistas nos lo han querido pintar, se ha visto también sujeto á la ley general. He aquí sobre el particular una anecdota muy curiosa y poco conocida, que un antiguo senador, amigo nuestro, nos ha referido y que vamos á contaros con la brevedad posible, para ejemplo de los menestrales, y socorro de los cesantes, en cuyo número tengo la desgracia de contarme.

El 18 de marzo de 1796 (año cuarto de la república francesa) dos jóvenes se paseaban juntos en las galerías del Palacio Real, ó *Palacio Igualdad* (*Palais Egalité*) como entonces se llamaba; sus levitas enteramente abrochadas los daban fácilmente á conocer por militares. Su porte sencillo y serio á un tiempo escluía toda idea de rivalidad con esos elegantes que entonces denominaban *currutacos muscadins*, que mimbreado sus bastoncillos, saltaban y hacían gestos en los paseos, á fin de llamar la atención de los paseantes. Uno de nuestros oficiales, embozado en su corbata, el sombrero encajado hasta las cejas, parecía querer evitar todas las miradas; el otro mas alegre, lanzaba curiosas miradas, menos á las bellas que pasaban, que á las ricas y bien surtidas tiendas que encontraban.

Por fin se detuvo ante la muestra de un saatre, y enseñando á su compañero un capote azul sin ondulosos pliegos:

—¡Ahí tienes, le dijo, un capote que me vendría á mí á las mil maravillas; de buena gana le cambiaba por el mío. Pero amigo, el crédito se acabó, y la patria está oprimida; vámonos de aquí, vámonos.... ¡muy triste es el verse reducido á carecer de lo necesario, cuando se tiene por deudor al que nunca debería hacer aguardar á sus acreedores!

—¡Hablas del Estado, no es verdad? ¡Tienes razón. Y nuestros atrasos son necesarios para completar nuestro equipo. Que quieres, ¿no es bastante que te sacrificamos la vida en el campo de batalla? es preciso también vivir con privaciones despues de la victoria... Si al menos tuviera yo botas... tendría paciencia por tu capote.

—Los sastres y zapateros están intratables ahora; no se les pueda uno acercar sin el dinero en la mano, y gracias al aun de este modo sirven bien y con exactitud.

—Su ridícula desconfianza la tienen hasta de los pagarés del tesoro.

—Vamos, esto es muy engorroso. Mejorarían nuestros fabricantes de leyes si abriesen un crédito á los oficiales en casa de los sastres, zapateros, pasamaneros y demas espendedores de arreos militares, que tanta falta nos hacen. Sin eso, apenas si los soldados tendrán almadreras;

—¿Qué posición tan atroz la mía!

—¡Oh! si estuviésemos en Estrasburgo, ya estarías tu aviado. Allí tenía yo el zapatero mas hombre de bien y menos perseguidor del universo; pero estamos muy lejos, y tú muy apurado.

—Dentro de tres dias partimos.... dentro de tres dias, ¿lo oyes?

—Ahora que me acuerdo, aguarda, exclamó el otro al instante. Yortimann de Estrasburgo tiene un hermano en Paris; vamos allá: vive en la Plaza del Palacio de Justicia. Yo lo arreglaré todo, le diré que su hermano ha tenido á bien flamear por mas de 300 francos, que entre paréntesis se los debo aun, y que él, sin deshonrarme no puede rehusar el servir á un general en jefe. Aunque te hiciesen falta diez pares de botas, te los prometo yo ahora.

El jóven general se sonrió con un aire entre burlon é incrédulo, y dijo: Te aseguro que no tengo la confianza que tú; vamos á verle; ademas yo no pido fiado, puesto que tengo derecho de hacer bonos contra el tesoro.

—Si él te conociese, preferiría tu palabra.

Dirigieronse los dos amigos á la Plaza del Palacio de Justicia, y á poco divisaron una gran bola roja dominando la tienda verde del zapatero Yortimann. A la entrada les saludó el menestral con la fórmula usual, tratando de afrancesar lo mas posible su lenguaje alsaciano.

—¿En qué puedo servir á vds., caballeros?

—Buenos dias, Yortimann, ¿cómo va de salud? dijo el que había garantizado el cielo y buena voluntad del artesano.

—Bastante bien, caballeros.

—¿Y el hermano de Estrasburgo, ¿ha tenido usted noticia?

—¿Conoce vd. á mi hermano?

—Mucho, mucho, me ha calzado largo tiempo; ¡aquel sí que es un hábil zapatero! y tan contento he quedado de él, que expresamente vengo á buscaros, persuadido de que la fraternidad será completa entre vds.

—Vd. me favorece demasiado. ¡Ah! mi hermano era un buen hombre, y hubiera muerto rico; pero....

—¡Ha muerto! interrumpió con prontitud el interlocutor.

—Si señor, ha muerto, y muy pobre; trabajaba siempre de fiado.

Los dos amigos se miraron, y el jóven general, al oír estas palabras, figurándose que el zapatero y él no vendrían á entenderse, se disponía á salir; cuando su camarada encargado del negocio le detuvo por el brazo, y dijo á Yortimann:

—Le traigo á vd. á un amigo, el señor general, que se digna ser nuestro parroquiano. En vísperas de partir, necesita algunos pares de botas. ¿Puede vd. hacerse las en el menos tiempo posible?

—El señor general... el señor general, replicó el artesano admirado al ver un hombre tan jóven revestido de tan alta dignidad; será servido con presteza, estoy á sus órdenes.

Trajo al instante el registro destinado á recibir los nombres y señas de los que le favorecían con su confianza. El general tomó una pluma y se dispuso á poner su nombre.



Napoleon, emperador.

y me parece que los generales se pasarán de calzado como te sucede á tí.

—¡Vive Dios, que esto es imposible!... Te aseguro que no será siempre lo mismo.

—Muy bien, pero entre tanto no tiene Vd. botas, señor general en jefe; y corre V. E. gran riesgo de ir descalzo á mandar su ejército desnudo.

—Dentro de tres días me llevará vd. esos seis pares de botas, señor Yortimann, le dijo.

—Sí... sí, general, repuso con viveza, y esté vd. seguro de que quedará contento.

—No lo dudo.

—El general de vd.

—El general Bonaparte.

—Bo... Bo... Bonaparte, tartamudeó el zapatero paseando sus miradas sobre los dos jóvenes.

—Bonaparte, sí, Yortimann, general en jefe del ejército de Italia, que su amigo Lulero, del declinó de cazadores, trae á vuestra tienda.

—Señores, es demasiado honor el que....

—Bien, bien, señor Yortimann, sed exacto, es cuando exijo de vos, dijo Bonaparte.

Los dos amigos se retiraron.

—Ya ves, dijo Lulero, que no me había equivocado... ya tienes lo que querías... ¡qué dichoso eres! No me sucede á mí así, que tendré que llevar aun mi capote acribillado de balazos; pero á la verdad no tengo yo como tú el derecho de dar libranzas contra las cajas del gobierno.

Tres días después, Lulero entraba en casa del joven general anunciando al zapatero. Bonaparte salió de su cuarto, donde el criado hacía el equipage, y dirigiéndose á Yortimann, examinó las botas, alabó el trabajo, y después se probó una.

—Me va perfectamente... estoy contento... será su parroquiano, maestro... y mi parroquia será buena, os aseguro... será buena, repitió apoyando en estas palabras.

El stemático alemán no comprendía, y siguiéndolo todos los movimientos del general, desapiadadamente le presentaba la cuenta con su recibi en forma.

—¿Qué es eso? dijo Bonaparte.

—La cuenta.

—¡Ah! sí... siéntese vd., señor Yortimann, voy á dar vd. un bono contra el tesoro.

—¡Un bono! murmuró el zapatero de mal humor.

—Es oro en barra, tanto, interrumpió Lulero.

—Mejor quisiera otra cosa... plata por ejemplo. Desde los *Asignados* (1), el papel moneda no corre entre el pobre pueblo. Vds. perdonen... pero...

—Este bono será pagado, testarudo.

—Temo ser como mi hermano, y aunque alsaciano, sobre el particular soy suizo; sin dinero no hay botas.

Exasperado por esta conducta Lulero se disponía á administrar una corrección al desconfiado zapatero, cuando Bonaparte le hizo seña, y separando con el pie las botas que se había provado.

—Nunca me sirvo, dijo, de los que dudan de la probidad del gobierno; piense vd. mal, si le acomoda, de su país, pero respéte el nuestro. Salga vd... y le volvió la espalda dejándole avergonzado de su conducta.

El 21 de marzo salió de París Bonaparte sin botas. Estaba tan exhausto el tesoro de la república, que á duras penas 48,000 francos fue cuanto entre el general y el secretario pudieron realizar, y esta fué la cantidad que bastó á Napoleón para conquistar la Italia y llegar al imperio.

En Niza hizo distribuir el general en jefe á los generales para ayudarlos á entrar en campaña mil francos en metálico; cosa extraordinaria para todos; tal era la escasez del numerario. Los soldados iban descalzos, el material del ejército se encontraba en un estado deplorable. A escepcion del valor y buena disciplina de los regimientos, nunca se había visto ejército mas miserable.

Cuando se presentó Bonaparte, ya se dejó ver el hombre destinado á mandar á los demas; todo cambio de aspecto. Uno de los caracteres distintivos del mando del general, fué la habilidad, la energía, la pureza de su administración, su odio á las dilapidaciones, el absoluto desprecio de sus propios intereses.

Pero volvamos á nuestro zapatero,

El 13 de diciembre de 1799, le dió al pobre Yortimann un ataque de locura, y gracias á los cuidados que le prodigaron, esta crisis no tuvo

todas las consecuencias que eran de temer. Acababa de saber el pobre artesano, que el general en jefe había sido nombrado primer cónsul. Desde esta época, la elevación de Bonaparte fué rápida; nombrado cónsul vitalicio el 3 de agosto de 1802, era coronado emperador el 2 de diciembre de 1804.

El carruaje del emperador volvía de Nuestra Señora de París, cuando al pasar por frente á la calle de Harlag, se oyó la detonacion de un arma de fuego. La turba se agolpó á la casa para saber que motivaba tan siniestro ruido en un día de fiesta nacional. Era el pobre Yortimann que se había levantado la tapa de los sesos. Una carta hallada sobre la chimenea, manifestó á su mujer é hijos el motivo de este suicidio; la desesperacion: «*He perdido mi porvenir, decia, ¿hubiera podido ser rico; el destino me habia hecho zapatero del emperador, y por mi culpa no lo cuento entre mis parroquianos. Ya nada me queda que hacer en la tierra. A Dios, esposa, hijos míos, á Dios, perdonadme. Hace tiempo que la existencia me pesaba, y no he podido soportarla mas.*»

Un mariscal del emperador, que había ido á informarse del motivo de la explosion, cuyo ruido había llegado hasta Napoleon; vino á manifestarle lo que había sucedido.

—Pobre Yortimann, dijo el emperador, no tiene él la culpa. Esta es una nueva victim: de las ideas del siglo!

Después, volviéndose al mariscal del palacio: —No echéis en olvido, señor mariscal, el inscribir en el número de los pensionistas de mi bolsillo secreto á la viuda de Yortimann; á mí me hace enojar las lágrimas del doble suceso.

Hace unos dias refirió esta anécdota á mi sastre que desapiadadamente me perseguía por cierta cuéntecita que tenemos pendiente, sin querer aguardar á la próxima paga, y sin considerar que pertenecía á la gran familia de los cesantes. El efecto fué mágico, y ayer se presentó en mi casa habitacion con una levita nueva para mí, diciendo: que en nuestra última entrevista había reparado que la que yo llevaba estaba un poco gastada, que se hizo por lo que yo le había prestado para mi cuenta emplea este digno artesano, el papel continuo de la nueva fábrica Tolosana, y que el todo lo satisfaría en mejores tiempos. De gran socorro me ha servido la tal levita; pues la mia para los frios que corren, hace algunos meses que se había quedado bastante calva, y no afirmaré que no fuere tambien un si es no es risueña.

NOTA. Suplico á los señores cesantes, mis dignos compañeros, que si tratan de levantarme una estatua por este aviso importante, que sea con la levita nueva debida á la munificencia de mi sastre.

## LA PREDICCION DE LA GITANA.

### CUENTO FANTASICO.

En una de las mas hermosas tardes de la primavera; de esas tardes que en España respiran por todas partes dulzura y melancolía, una mujer joven aun, seguía con trabajo la estrecha senda que conducía al sitio en que estaba colocada una imagen de Nuestra Señora.

Los pedruzcos de las rocas y la arena de las montañas arrastradas por las lluvias, detenían su marcha y la hacían cada vez mas penosa. Ya próxima á ser madre, el cansancio la obligaba algunas veces á detenerse para descansar. Pero una dulce esperanza la sostenía; y cuando se halló cerca de la santa imagen, le olvidó todo para no pensar mas que en la súplica que venia á hacer á la protectora de las madres.

Había deseado ardientemente aquel hijo; una fe viva le había hecho esperar que obtendría esta gracia por la intercesion de la que vela sobre las almas piadosas. Arrodillada entonces sobre la piedra que había recibido las oraciones de los peregrinos, oró con fervor, pidiendo la proteccion de la Madre de Dios para ella y para su hijo. De repente crece percibir un ligero ruido; levanta los ojos y á lo diáfano de la claridad de la luna, cuya luz no enturbaba una sola nube, creyó ver una ligera sonrisa en los labios de la imagen.

Penetrada de una dulce confianza, se levantó muy despacio y miró con atencion á la que había hecho nacer en su corazón un sentimiento tan consolador: después se dirigió á su morada y se abandonó á la felicidad que sentía. Su esperanza se cumplió, pues tuvo un hijo á quien puso por nombre Antonio. Un limonero se plantó junto á la imagen el mismo día del nacimiento del hijo que tanto había deseado; y mas tarde este árbol prestaba su sombra á la virgen de la Montaña.

En la misma mañana y muy poco tiempo después, nació de otra honrada familia, la niña Clara. Hija de la naturaleza, era tan hermosa y tan admirable como ella; á su semejanza, es todo amor y dulzura la joven aldeana. Antonio fué el amigo de su infancia y en breve el dueño de su corazón.

La joven educada en ideas de virtud, conocía toda la influencia del objeto amado, y un sentimiento de delicadeza y de pudor, la hacia conducir á Antonio al lado de la Virgen de la Montaña. Allí escuchaba sin temor las conversaciones, allí no temía nada, ni aun en esas plácidas y misteriosas noches del verano, á las cuales el amor presta tantos encantos. Su protectora estaba allí y no podía abandonar jamás á los que confiaban en ella.

El día de la fiesta del santo patron, Clara entregó á su amante un anillo de plata que había tocado el sepulcro de un santo mártir.

Al recibirle Antonio, aspidió la mano á Clara, que bajo tan piadosos auspicios, le prometió amor y fidelidad. La joven fué á ocultar su rubor en el seno de su madre; pero cuando esta dijo al joven ojoso: «*Sed en buena hora mi hijo querido*» los ojos negros de Clara se inundaron de felicidad, y su pecho creyó poder respirar libremente, y revelar á todo el mundo el inocente y puro amor que abrigaba.

La época de su union acaba de fijarse. Clara escoge las mas bellas flores, y teje con ellas una corona que va á ofrecer á la Virgen de la Montaña. Su ofrenda es pura como su corazón. Mira con enternecimiento los ligeros en que ha estado con su futuro esposo, y el nombre de Antonio escrito en el limonero que se plantó el día de su nacimiento, y estos dichosos recuerdos aumentan su felicidad y la inaudita de nuevo gozo.

Pero de repente las ramas se abren; una mujer de aire singular con las miradas fijas y penetrantes, los cabellos en desorden y la marcha irregular, se aparece bruscamente á la prometida.

—Antes de pocos dias Antonio abandonará «estas montañas, dijo una voz terrible.» Una risa sardónica siguió á esta funesta predicción. La joven presta su oído repetidas veces, y todo permanece en silencio; pero aquella voz resuena en el corazón de Clara: ella le ha dicho que su amante va á partir. Entonces se vuelve á su cabana triste y silenciosa: sus esperanzas se han marchitado en flor. Antonio abandonará la montaña. La gitana lo ha dicho.

Algunos dias después de estos sucesos, se esparcen en la comarca rumores de guerra. Se habla mucho del número y del poder de los enemigos que van á invadirla.

Las miradas de Antonio están llenas de un noble ardor; su corazón late con violencia; Clara la notada la sáltila; resolución de su amante. Es mujer y tiembla; pero es española y estrechando á Antonio contra su corazón, le dice:

—Parte, si tal es tu decision: tú volverás victorioso y entonces será tuya; entonces nada podrá ya separarnos.

El joven español se provee de armas, y envuelto en una capa parda dice adios á su madre y esposa y se dirige al punto en que los valientes de la montaña han acordado reunirse para combatir á los enemigos que amenazan destruir y saquear la comarca.

Clara corre con la velocidad del gamo y sube á una montaña, desde donde aun puede ver á su amante. Descansa su delantal y le agita de un lado á otro: un arma brillante, reflejando los rayos del sol, contesta á su salud; esta era la escopeta de Antonio. Bien pronto desaparece detrás de una roca. Clara se queda sola en la montaña: su corazón se oprime con violencia. Apoyada contra un árbol mira alrededor de sí, ¡oh sor-

(1) *Asignados*, papel moneda republicano que llegó á perder mas de un 85 por 100.

presal está al lado del limonero de Antonio. La corona que había ofrecido á la Virgen pocos días antes de su partida, estaba también allí.

Clara la toma en sus manos con amargura y exclama: ¡llas durado mas tiempo que mi dicha!

Distraída y absorta en su meditación, arranca algunas flores que crecían al lado de un sance y las arroja despues lejos de sí. El agua del torrente las arrastra y su amarillenta espuma hace desaparecer bien pronto sus brillantes colores y el olor suave que esparcían.

Este torrente que es la imagen de aquellas pasiones tumultuosas que destruyen con rapidez las dulces y brillantes ilusiones de un corazón joven y sin experiencia?

Todos los días se dirige Clara al sitio en que por última vez vió desaparecer á Antonio entre las rocas. Mira al limonero: este árbol cautiva su corazón. Es tierna, es además un tanto supersticiosa y cree que la vida de su amante está unida á la de aquel árbol. Va á la corriente inmediata y trae agua con que regar el objeto de su inquieta solicitud. La imagen y la fuente que le presta sus cristales, son alternativamente objeto de sus visitas. La devoción y el amor se unen en el corazón de la joven, y despues que ha hecho pasar por entre sus dedos las cuentas de su rosario, y terminado sus oraciones, su primera idea, al volver á sí misma, es el recuerdo de su prometido esposo.

Algunas veces cree ver entre las rocas los pliegues de una capa parda: cree oír pasos precipitados, como los de un viagero que al percibir la techumbre de su cabaña espera ver á su anciana madre y á la que posee todo su amor. Clara se levanta muda y agitada, mirando hácia todas partes; pero conoce que todo esto no es mas que una ilusión de su alma. Entretanto el tiempo pasa: Antonio no vuelve y esto inquieta y alarma á todos. Su amada mira al limonero, cuyas ramas están siempre verdes y sus flores siempre hermosas. Esto la consuela y en esto confía porque ve en el limonero al hermano gemelo de Antonio: mira al camino por donde partió y dice: «el volverá.»

Pasado algun tiempo, los compañeros de Antonio que marcharon con él, regresaron á la aldea; pero él no los acompañó. El limonero se marchita, sus hojas amarillean, se secan y caen. La esperanza se acaba por días en el alma de Clara. Hace por reanimar su árbol querido; pero sus cuidados son infructuosos, y el ruido de las hojas secas que pisan sus delicados pies llega á lo íntimo de su alma como un presentimiento funesto.

Una tarde se había detenido demasiado en su solitaria escursión, y volvía á su cabaña silenciosa y agobiada por una cruel inquietud. Se preparaba una tormenta, y el viento abrasador del Mediodía inclinaba la negra cabellera de la joven sobre su cara cubierta de lágrimas. De repente se detiene, ha creído oír una carcajada de risa semejante á la que poco antes de la partida de Antonio había herido su corazón.

—«Tu amante no volverá!»

Dijo una voz ronca y salvaje, y á la luz de un relámpago Clara conoció á la gitana. Agitada por un horroroso presentimiento á que teme dar crédito, se dirige á casa de la madre de Antonio. Llega y ve sobre la mesa un anillo de plata. Es el mismo que dió á su amante el día que recibió su promesa nupcial. Ve también arrojados sobre la mesa la faja encarnada y la capa oscura que llevaba cuando salió la última vez. Un grito hasta entonces sofocado salió con violencia de su pecho.

—«¡Ha muerto!» dice y las lágrimas de la madre le hacen conocer la certeza de su desgracia. Estrecha contra sus labios el anillo de plata, lo envuelve en la faja que ella le había tejido y sale de la rústica morada precipitadamente.

Reina una lúgubre y profunda oscuridad, solo interrumpida por el siniestro resplandor de los relámpagos. Los truenos se suceden con rapidez, y este ruido terrible y magistoso es repetido por el eco de las montañas.

El agua cae á torrentes y anega la senda que guía al caminante cuando por la mañana sale cantando sus alegres romances. El viento silba entre las rocas con violencia inexplicable. El trueno rage, los relámpagos brillan, el granizo se estrella con fuerza contra las rocas, y por látevalos la campana del convento inmediato ha-

ce resonar sus ecos para avisar á los viageros estraviados que allí encontrarán un abrigo contra las tempestades de la naturaleza, así como pueden hallar un refugio contra las tormentas del corazón.

Clara nada ve, nada oye; no siente mas que su pena, y un instinto de amor y desesperación la conduce á la montaña, y al sitio donde está la imagen. Un relámpago le hizo ver el limonero, y entonces se precipita sobre él y le abraza gritando «¡oh, Antonio mio, vuelve!» Despues, y como arrepentida de aquel acceso, dirige sus miradas á la Virgen en quien ella ponía sus esperanzas, la que recibió sus votos y tal vez la abandonó porque dió crédito á las predicciones de una hechicera. Ya nada tiene que esperar.— «¡Virgen santa, misericordia y perdón! dijo por la última vez. El eco repitió este último acento de su alma acongojada; pero Clara no lo ha podido oír ya.

Á la mañana siguiente Clara no parecía y esto excitaba la ansiedad general. Búscanla por todas partes pero en vano; al fin se encontró al pie del limonero el cuerpo inanimado de la joven pastora. El viento había echado sobre ella las hojas secas de que había despojado á su árbol querido.

La Virgen de la Fuente existe aun; pero Clara, Antonio y el limonero han desaparecido hace tiempo. Las plantas silvestres crecen sobre la tierra que recibió el postrer aliento de la maglógrada joven; la cruz que se puso en ella, está cubierta de musgo, y el viento de las tempestades la ha ido inclinando poco á poco hácia la tierra en que se había ocultado un corazón tan lleno de ternura y de pasión.

## MISCELANEA.

**PIEDAD FILIAL DEL JOVEN MANLIO.** La historia romana está llena de rasgos admirables propios para elevar el alma, ó convertirse en útiles lecciones. Voy á referir uno que ha de causar placer á cuantos conocen los dulces afectos que unen los hijos á sus padres y madres.

*Manlius imperiosus*, había mostrado durante su dictadura un carácter duro, violento y lleno de altanería: había llegado su demasia hasta hacer azotar con varas á muchos ciudadanos. Así es, que había llegado á ser el objeto del odio general. Apenas cesó en el cargo, los tribunos del pueblo lo llamaron á juicio. M. Pomponio, uno de estos, presentó la acusación, insistió particularmente sobre la crueldad que Manlio ejercía, no solamente con las personas estrañas, sino también con sus pacientes y aun con su hijo. Le ofendía que lo tenía como á un esclavo en una de sus casas de campo, condenado á trabajos serviles, en la edad en que un joven romano debía instruirse en las cosas que convenían á su nacimiento, en la ocasión también en que debía oír los debates de la plaza pública y adquirir gloria en los ejércitos. ¿Y por qué delito es tratado con este rigor? añadió Pomponio: ¿por qué no habla con facilidad! Un padre, si tuviese alguno de los sentimientos naturales, ¿no debería trabajar en corregir suavemente semejante defecto, mas bien que hacerlo mas notable por la dureza que usa con su hijo? los animales mismos, no alimentan con menos cuidado y cariño á sus hijuelos que tienen alguna deformidad. Manlio por el contrario; añade á un mal otro mal, y si hay en su hijo una sola centella de virtud, él la estingue. Le ahoga con su educación servil, con esa vida rústica que parece reducir ese desgraciado joven al trato de los animales.

Estas invectivas sublevaron á todos los ciudadanos contra Manlio, á quien ya odiaban, y no se duda habría sido condenado á un fuerte castigo, á no ser por un acontecimiento que nadie podía esperar. El joven Manlio, instruido de lo que pasaba, no pudo sufrir lo tomasen por pretexto para hacer á su padre odioso. Quiso por una acción ruidosa, dice Tito Livio, hacer conocer á los dioses y á los hombres que lejos de favorecer á los acusadores de su padre, estaba por el contrario decidido á defenderlo con peligro de su vida. Tomó, pues, una resolución, que á la verdad se resentía de su educación agreste, y que podía ser de un ejemplo peligroso. Una ma-

ñana, sin decirlo á nadie, se viene á la ciudad armado con un puñal, y va derecho á casa de Pomponio. Este tribuno estaba todavía en la cama; avisado de que el hijo de Manlio quería hablarle, y persuadido de que vendría á darle las gracias ó sugerirle algun nuevo motivo de acusación, le hizo entrar al instante.

El joven romano viéndose solo con el tribuno, saca un puñal de debajo de su túnica, y levantándole sobre él, jura, le dice con voz amenazadora, juro no reunir la asamblea del pueblo para acusar á mi padre... Pomponio que veía el acero brillar contra su pecho, y que consideraba la fuerza del que lo tenía, se apresuró á hacer el juramento que se le exigía; mas á penas se vió libre de este terrible joven, corrió á la plaza, reunió al pueblo, refirió lo que ha pasado, y pide que se le declare libre de su juramento.

Los romanos sabían apreciar una acción generosa. Les conmovió ver á un hijo que solo había recibido un trato rigoroso de su padre esportarse sin embargo al mayor peligro para salvar á este padre de quien tenía que quejarse. No quisieron poner la atención en lo que su conducta tenía de censurable, no tomaron en consideración mas que el sentimiento sublime que le había dictado, y lo premiaron. El joven Manlio fué ascendido al grado de tribuno de legion.

**EL FAISAN DONADO.** Faisan de la China ó faisán tricolor (*phasianus pictus*, Linn.): es una de las aves mas notables por la belleza de su plumaje. Su vientre es de color de fuego; tiene en la cabeza un hermoso copete, que se levanta y se dilata cuando el animal experimenta una viva emoción de amor ó de cólera; el iris, el pico, los pies y las uñas son amarillos; adorna su cuello un gran collar anaranjado salpicado de negro; la parte superior de la espalda es verde, y amarillita la inferior y la rabadilla; las alas rojas con una bella mancha azul; su cola es blanca, es muy larga y forma varias comparticiones; las plumas de las alas dobladas cada una en dos plenos, se cubren unas á otras como las tejas de una azotea.

La hembra, como la de todas las faisanas, no se parece en nada al macho. Su cola es mas corta; carece de colorido, y su plumaje es diversamente salpicado de gris ó de moreno.

Como lo he dicho ya, el faisán dorado es originario de la China, pero allí como aquí es un ave de patio, á lo menos para los viageros; de donde se sigue que son desconocidas sus costumbres en estado salvaje. Buffon opinaba que no era mas que una escepcion del faisán comun, y he aquí lo que de él decía: «Puede mirarse ese faisán como una escepcion del faisán ordinario, que ha embellecido bajo un cielo hermoso; son dos ramas de una misma familia separadas desde largo tiempo, que sin embargo de haber formado dos razas distintas, se reconocen aun, puesto que se unen, se mezclan y producen juntos, pero es fuerza confesar que su producto tiene algo de la esterilidad del mulo, lo cual prueba mas y mas la antigua separación de las dos razas.»

Tiene la hembra algo de singular que no se encuentra ni en la gallina, ni, segun creo, en ninguna otra ave; dejemos continuar á Buffon. «A veces llega á ser con el tiempo tan bella como el macho. Una en Inglaterra ha sido vista, en casa de milady Essex, que en el espacio de seis años había cambiado su innoble color de becada, en el bello color del macho, del cual solo se diferenciaba por los ojos y por la longitud de la cola. Personas inteligentes, que han tenido proporción de observar á esas aves, hanme asegurado que ese cambio de color se verifica en la mayor parte de las hembras, y que empezaba cuando tenían cuatro años, en cuyo tiempo el macho comenzaba también á mirarse con disgusto y á maltratarlas; naciéndolas entonces plumas de esas largas y estrechas que en el macho acompañan á las de la cola. En una palabra, que cuanto mas entran en edad mas se parecen al macho, como poco mas ó menos se verifica en casi todos los animales. Mr. Edwards asegura haber así mismo visto en casa del duque de Leeds una faisana comun, cuyo plumaje se volviera pareciendo al del faisán, y asegura que semejantes cambios de colores solo tienen lugar en aves domesticamente criadas.»

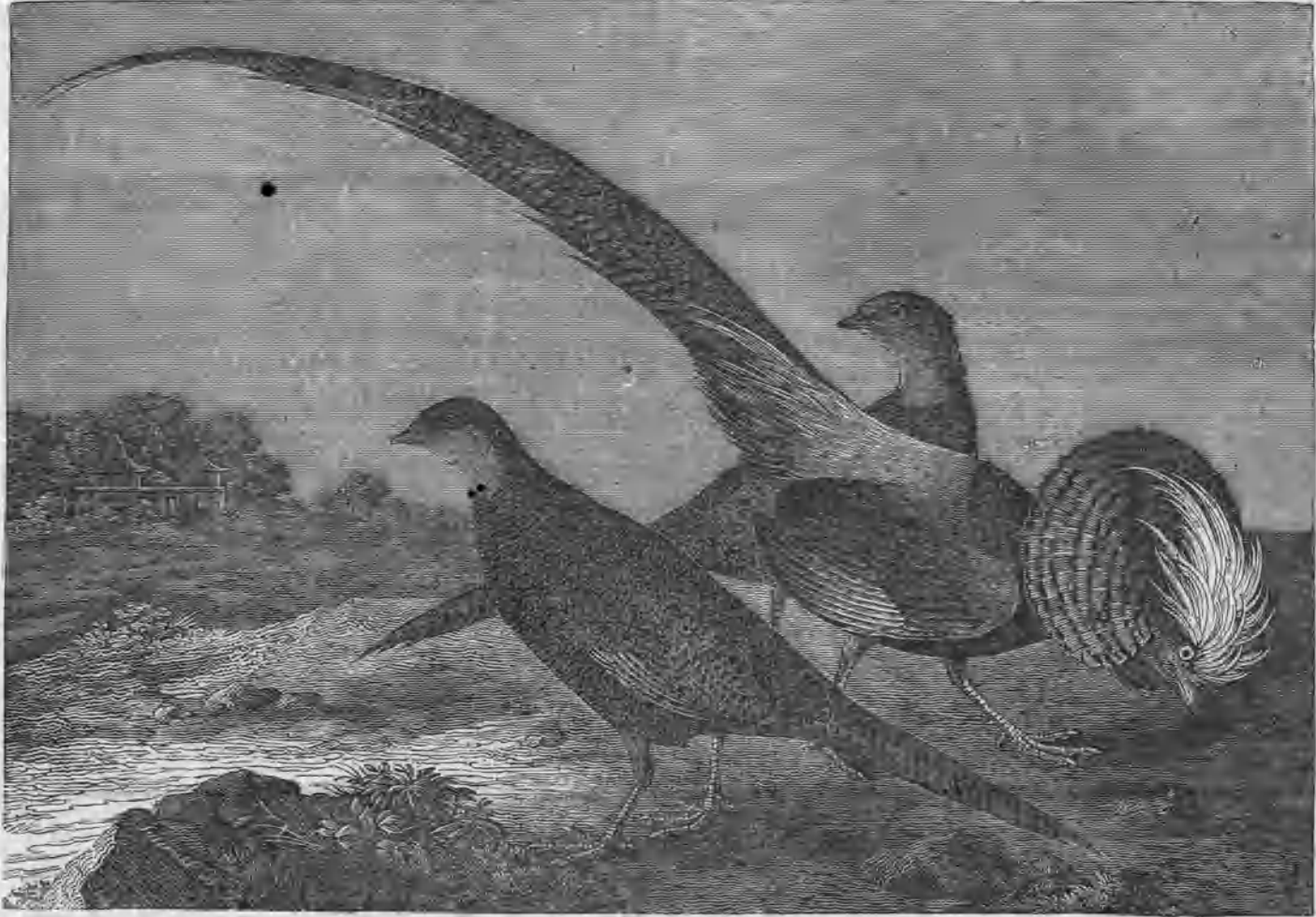
Cuando se tratare de un animal estraño del

cual no le hubiese sido dado á Buffon juzgar mas que por apuntaciones informes, ó por descripciones mas informes aun, trazadas por viajeros faltos de las primeras nociones de historia natural, nada de extraño tendria que hubiese incurrido en errores, pero el faisán dorado es una

ave que existia ya en su tiempo en todas las pajajeras, que él vió mil veces y que pudo observar por sus propios ojos. ¿Qué es pues lo que debemos pensar de esta singular metamorfosis de la hembra en macho? sin ánimo de erigirme en juez de un hombre tan justamente célebre,

por su ciencia, he aquí mi opinión respecto á eso.

El faisán dorado es una ave que tarda muchos años en llegar á ser perfectamente adulta, y solo al cabo de tres años cumplidos empieza á tomar esos bellos colores que le hacen comparable al fénix: por tanto es muy probable que las



El faisán dorado.

personas que cita Buffon hayan tomado por hembras á machos que traían todavía la librea de la juventud. Sin embargo, es muy posible que por un juego de la naturaleza, no sin ejemplo, una hembra se haya revestido con la librea de un macho en parte á lo menos; mas nada probaria ese hecho aislado, que debería meramente mirarse como una monstruosidad hija del acaso.

Esta ave se alimenta, como el gallo y la gallina, con toda especie de granos, con insectos y hasta con carne, pues yo he criado dos durante algunos años con residuos de sebo ó con pan de chicharrones. Es polígamo, y un macho puede servir á cinco ó seis hembras. Estas empiezan á poner desde la edad de dos años, y se las deja empollar; hacen comunmente doce ó quince huevos mas rojizos que los del faisán comun, y un tanto parecidos á los de la pintada. Pero por lo comun, para mas multiplicar la especie, ó para sacar partido de los huevos, que se venden bastante caros, se les van quitando á medida que los ponen, y por este medio se logra que hagan de treinta á cuarenta durante el período de la primavera. Se hacen empollar por una gallina alcega, que cria muy bien á los pichuelos, sobre todo si durante los primeros días se les da un alimento á propósito. Este consiste en huevos de hormigas, ó en su defecto, en claras de huevos duros amasados con migas de pan y corazón de buey, y deja de dárselos así que los faisanes están acostumbrados á conocer y á tomar el pequeño mijo.

Para llevar á feliz término la educación de los faisanes, hay rigurosamente que observar tres cosas: 1.ª, ponerles al abrigo del menor frio; 2.ª, preservarles igualmente de la mas ligera humedad; 3.ª, darles, en cuanto sea posible, aire y luz. Si se observan bien estas tres condiciones

indispensables, es seguro el éxito, sean cuales fueren los medios de que se eche mano para llevarlas. La vida comun de un faisán es de siete á ocho años; sin embargo, Buffon cita un sujeto que ha conservado un macho durante quince años. Lo singular es que el faisán dorado es tan delicado para comer como el comun, es mas robusto y mas fácil de criar; y sin embargo, en Francia no se ha procurado multiplicarlo mas que como objeto de curiosidad.

**EL LOCÓ Y EL FUEGO.—MORALIDAD.** En la triste estacion en que las hojas en lugar de aparecer brillantemente esmaltadas por el sol y acariciadas por el ligero viento, se ven emblanquecidas por la escarcha y arrojadas á tierra por el viento riguroso, un benéfico y poderoso señor paseando por sus posesiones, encontró un desgraciado transido de frio y moribundo lleno de miseria. Movido á compasion, dió al infeliz por pronto socorro todo el dinero que llevaba en su bolsillo, y cuando volvió á su magnífica casa de campo, se apresuró á hacer que uno de sus criados le llevase una abundante provision de leña con que pudiese preservarse de los rigores del invierno.

El pobre usó al principio con prudencia de este beneficio, contentándose con experimentar la dulce sensación que el calor producía sobre sus helados miembros. Satisfecha esta necesidad, comenzó á mirar la llama y á recrearse en su resplandor. Para aumentar el placer que le causaba este espectáculo, fué arrojando nuevamente en su chimenea, tan pronto un leño, despues dos. luego tres, y en fin, luego tantos que la llama llegó á lo alto de la chimenea, comunicó el fuego al techo y abrasó en un instante su mezquina cabaña. Propagándose el incendio

á las inmediatas, en pocas horas quedó reducida á cenizas la aldea entera, y el imprudente, causa de esta desgracia, fué la primera victima de su locura.

Comprended esto, amables niños, y cuando oigais que es preciso entregarse á las pasiones, porque estas son naturales en el hombre, responded que son como la provision de leña del loco. Dirigidas las pasiones por la razon, animan el alma, la eulientan, la hacen obrar; pero el imprudente que se abandona á ellas sin medida, es consumido muy pronto por su violento ardor, y lo que es peor, es fiasco para todo cuanto le rodea.

**LA MENTIRA.—CUENTO ORIENTAL.** Habiendo el rey condenado á muerte á uno de sus esclavos, por una grave falta, privado de toda esperanza de perdon, de nada se le daba cuidado, y así habló é injurió furiosamente al rey. «¿Qué dice? preguntó el príncipe á su favorito:—Dice, señor, que las recompensas de la otra vida son para los principes que perdonan las ofensas, y os pide esta gracia.—Yo se la concedo, dijo el rey.» Un cortesano enemigo, de mucho tiempo del favorito, habia oido, por casualidad, las injurias del esclavo: Os engañan, sacra real magestad, dijo á su señor: este miserable os llena de improperios y maldiciones. «El rey lleno de prudencia y de virtud, respondió: «La mentira que se me ha dicho es humana, y tu verdad, cruel.» Y volviéndole la espalda y tomando á su favorito del brazo, le dijo: «Amigo mío, tú siempre me dirás la verdad.»